

EL *QUIJOTE* DE AVELLANEDA CUATROCIENTOS AÑOS DESPUÉS

ANA L. BAQUERO ESCUDERO
Universidad de Murcia

Con motivo de la conmemoración del IV Centenario del *Quijote* de Avellaneda, la Diputación de Ciudad Real –a impulso de la Biblioteca de Autores Manchegos– rinde homenaje al mismo con una nueva edición del texto. En el marco de los estudios sobre el *Quijote* apócrifo, afortunadamente cada vez más frecuentado, hay que dar, por tanto, cabida a esta excelente edición de la novela a cargo de investigadores tan prestigiosos como Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe Pedraza Jiménez. Que la responsabilidad, pues, de tal proyecto haya recaído en quienes atesoran una dilatada y fecunda trayectoria en el ámbito de la historia y crítica literaria española no podía dar sino buenos resultados.

El punto de partida de su estudio preliminar arranca de la habitual hostilidad que la tradición crítica ha mostrado hacia la obra de Avellaneda, en su permanente cotejo valorativo respecto al original cervantino. Una constante intertextualidad que, sin duda, ha perjudicado ostensiblemente a la continuación apócrifa. Para evidenciar lo injusto de tal proceder Rodríguez y Pedraza trazan un panorama general sobre lo que denominan la literatura quijotesca contemporánea. Como consecuencia inmediata, así, del éxito de la obra cervantina surgirán innumerables imitaciones y recreaciones que se expandirán tanto por el ámbito de las manifestaciones sociales –como mascaradas estudiantiles y palaciegas–, como específicamente literarias. Es en este último contexto, en el que descuellan nombres como Quevedo, Calderón o Guillén de Castro, donde la recreación de Avellaneda aparece como la mejor y estéticamente más valiosa de todas ellas.

La relación del texto con la narrativa del momento evidencia, asimismo, según estos críticos, su peculiar configuración. Buen conocedor no sólo del *Quijote* sino también de otras formas literarias como la picaresca, y concretamente del *Guzmán*, Avellaneda opta de manera clara por la estética realista. Un realismo que muestra en su obra un perfil distinto al cervantino, al caracterizarse por una voluntad evidente de concreción. Frente a la ambigüedad e imprecisión habituales en Cervantes, Avellaneda prescinde de cualquier indeterminación al nombrar a sus personajes o trazar el itinerario del protagonista. La presentación, por lo demás, de toda una amplia galería

de tipos sociales y de una ambientación que refleja bien la realidad cotidiana del momento son significativos exponentes del afán realista del autor.

El realismo de Avellaneda, por lo demás, suele caracterizarse, como bien recogen ambos críticos, por una propensión hacia la estilización degradante. De esta forma resulta habitual la deformación caricaturesca de los personajes y la presencia de escenas caracterizadas por lo repulsivo o escatológico. Como rasgo, asimismo, diferenciador de la obra cervantina subrayan la abultada presencia de la sexualidad, en ocasiones, incluso, manifiestamente desvergonzada. La inclinación de Avellaneda por esta forma de concebir la creación literaria afectará también al mundo de la aristocracia, pues si bien es cierto que en torno a un personaje como D. Álvaro de Tarfe se aprecia una estilización idealista que recuerda a formas narrativas tradicionales, también este estamento será objeto de una visión carnalesca e irrisoria.

En lo que concierne a la estructura de la obra, Rodríguez y Pedraza valoran positivamente la inserción de esas dos novelitas morales que evidencian el buen pulso del autor en el cultivo de la *novella*. Una valoración positiva que no hacen extensiva, sin embargo, a uno de los aspectos más debatidos en la tradición crítica, como el de la caracterización de los personajes. Aquí la distancia respecto a la obra primera resulta insalvable.

Como muy bien apuntan Rodríguez y Pedraza, sin duda el enfoque que ha dominado el estudio y valoración del texto de Avellaneda ha sido aquel que se sustenta en fundamentos éticos, sociales y religiosos. Se ha trazado, así, un retrato del supuesto Avellaneda conforme a una serie de claves interpretativas –escritor culto, religioso, partidario del orden tradicional–, en claro contraste con el de un Cervantes cuyo perfil humano resulta, según estos críticos, a todas luces anacrónico con su época. Apoyándose en supuestos interpretativos diferentes, cotejan estos autores los tres *Quijotes* para mostrar la distancia entre Cervantes y Avellaneda respecto a una cuestión clave para entender sus respectivas creaciones: el tratamiento de lo cómico. En ambos parece existir una base común en su concepción de lo cómico, asentada en la visión que sobre ello sustentó la literatura grecolatina. La risa para los clásicos surgía siempre de la relación de superioridad del receptor respecto al universo representado en la obra artística.

Esta concepción de lo cómico resultará, así, perceptible en una de las fuentes principales de la poética de la época, bien conocida por Cervantes, la *Filosofía antigua poética* de López Pinciano. Si la influencia de esta en la obra cervantina resulta clara –y baste recordar las ideas expuestas por el cura, contrarias a la comedia nueva, en I, 48–, en su propia ficción se advierte una forma distinta de entender lo cómico que dará lugar, como advierten ambos críticos, a uno de los hallazgos más notables de la literatura moderna: el humor. A través de este se transforma esa mencionada

relación de superioridad en la de la identificación del lector con unos seres que, lejos de ser de una sola pieza, ofrecen innumerables aristas y matices, irreductibles a la unidad.

Fielmente apegado a la doctrina clásica, Avellaneda se atiene a su concepción de lo cómico e imita, esencialmente, la configuración del héroe cervantino tal como se mostraba en esos capítulos iniciales en que Cervantes parece tantear, de forma aún inmadura, la construcción de su personaje. Si esta forma de entender lo cómico le valió, como señalan estos críticos, el reconocimiento de algunos críticos dieciochescos, no cabe duda de que la postura crítica actual es bien distinta.

Como uno de los debates que continúa siendo central en el estudio del texto, la cuestión del supuesto autor es objeto de un preciso e interesante epígrafe en esta edición. En el mismo encontrará el lector interesado un útil cuadro que recoge las numerosas atribuciones que se han sucedido en torno a la identidad de Avellaneda y que refleja, perfectamente, las grandes discrepancias generadas a lo largo del tiempo, todavía vivas en nuestro presente.

Atienden, finalmente, ambos autores la cuestión de la gestación del *Quijote* de Avellaneda. Como tantos otros lectores del momento, Avellaneda debió esperar la prometida continuación del relato. Ante espera tan dilatada, que debió dar lugar a la pérdida de esperanza en su salida, el autor debió decidir dar cumplimiento a la anunciada tercera salida. Respecto al momento en que el autor inicia la redacción de su obra recuerdan estos críticos la inicial referencia cronológica que apunta a la expulsión de los moriscos de Aragón en 1610. Por otra parte, y dado que Avellaneda consideró las aventuras de D. Quijote como estrictamente contemporáneas, presenta su historia un año después de 1605. Se detienen, asimismo, Rodríguez y Pedraza en este epígrafe a valorar la posible relación de Avellaneda con Lope y con el mismo Cervantes. Del texto novelesco no se desprende, según ellos, una manifiesta animadversión u hostilidad hacia este último que queda sólo explícitamente concentrada en el prólogo. Conforme a la gestación habitual de este tipo de paratexto, posterior a la escritura de la obra, defienden ambos que el disgusto que puede percibirse en él reflejaría el malestar por el conocimiento de la próxima aparición del Segundo *Quijote*, tal como anunció Cervantes en el prólogo a las *Ejemplares*, publicadas en 1613. La inminente publicación del libro cervantino supuso, sin duda, una seria amenaza para el proyecto de Avellaneda que redacta un prólogo verdaderamente airado y se apresura, además, a dar su obra a la imprenta.

En un último apartado precisan ambos críticos las características de la presente edición. Al enmarcarse la misma en esa mencionada conmemoración del texto se pretendió no una edición crítica, destinada a un lector especializado, sino una edición dirigida a una más amplia mayoría lectora. Con todo, no pueden dejar de referirse

ambos autores a cuestiones fundamentales de ecdótica que atañen al presente texto y que añaden nuevo valor y mérito a la misma, por el esfuerzo y cuidado invertido en lo que resulta fundamental en la edición de cualquier obra, como es su fijación textual.

En conclusión nos hallamos, sin duda, ante una excelente edición del *Quijote* de Avellaneda digna de ese mencionado homenaje al texto, cuatrocientos años después de su aparición. Una obra que, también sin duda, enriquece el panorama crítico y editorial ligado a Avellaneda y que sitúa su novela, dentro de nuestra historia literaria, conforme a una valoración crítica rigurosa y objetiva, necesaria para poder entender su importante contribución a nuestra narrativa.